

textos y documentos

Conversaciones con Reyna Pastor

Conversations with Reyna Pastor

Reyna Pastor/Mary Nash/Cándida Martínez

Recibido el 20 de abril de 2006.

Aceptado el 19 de mayo de 2006.

BIBLID [1134-6396(2005)12:2; 353-365]

Cándida Martínez: Antes de iniciar esta conversación con Reyna quiero expresarles a ambas, a Reyna y a Mary, mi satisfacción personal e intelectual por haber compartido y aprendido de vosotras tantas cosas, de la Historia de las mujeres y de la propia vida, durante los últimos años. De manera muy especial a ti Reyna, pues siempre he valorado en alto grado tu criterio y tu presencia en todas nuestras actividades, en la AEHIM, en la revista *Arenal*, o en nuestras Jornadas y reuniones. Cuando pensaba en esta entrevista, quise buscar un término que pudiese resumir tu relación con todas nosotras y me vino a la cabeza una palabra: elegancia; elegancia profesional e intelectual, elegancia personal y elegancia de trato. Y esto



en los tiempos en los que vivimos merece la pena ser destacado, pues esa manera de ser tuya ha favorecido la armonía, entre nuestro colectivo de la revista *Arenal*, entre nosotras tres como directoras de la revista y también entre las personas con quienes hemos trabajado.

Mary Nash: Estoy muy de acuerdo con este calificativo de elegancia y su valoración tan positiva. La idea que tengo del trato contigo, Reyna, es de maestra, maestra en hacer las cosas bien, con tranquilidad. Representa lo que mi idea de autoridad femenina, aparte de la contribución intelectual. Para mí ha sido todo un privilegio y un enriquecimiento personal trabajar con Reyna y con Cándida. Nos congratulamos mutuamente del encuentro que tuvimos hace muchos años con la propuesta de crear la revista *Arenal*. Y en este largo andar, Reyna, has tenido esta trayectoria de emanar serenidad, reflexión intelectual y una gran capacidad crítica, pero desde este estilo tranquilo, sin estridencias, que nos hace falta mucho en nuestra cultura.

Reyna Pastor: Muchas gracias, quiero deciros a las dos que sois mis amigas y a las que estoy muy agradecida por todos estos años, por todos los contactos, por la amistad, por el trabajo, por todo lo que hemos podido hacer juntas. Este agradecimiento lo extiendo a todas las otras compañeras que han formado y forman nuestro grupo. Para mí el comenzar a venir a Barcelona a las reuniones de resulta de las cuales se formó AEIHM fue siempre algo muy grato. Lo comentaba con mi hija diciéndole que era toda una alegría, el sentirme tan confortada e interesada. Porque siempre me he sentido muy bien con el conjunto de colaboradoras y amigas, conjunto que se hizo más compacto en las reuniones de Granada, no sólo por el escenario, que es magnífico, sino porque todo allí funcionaba sobre rieles. Trabajábamos mucho. Quizá los contenidos de nuestras preocupaciones hayan variado bastante últimamente, pero en aquellos primeros años fuimos pioneras y lo fuimos especialmente por la fuerza de vosotras dos en primer término. Recuerdo cómo Cándida llevaba las reuniones a raja tabla. Han pasado años y seguimos manteniendo todo lo creado y eso es un logro muy importante. Para mí lo ha sido muy especialmente porque encontré en nuestras reuniones y en nuestro trabajo otro lugar para pensar, para realizar cosas fuera de los ámbitos de trabajo cotidiano y de las instituciones a las que pertencí en donde había más conflictos, donde había otras dificultades.

M. N.: Ya que estamos hablando de la AEIHM, Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres, la primera asociación estatal dedicada al estudio de las mujeres desde la Historia, y que fue también el lugar desde el cual impulsamos a *Arenal*, quería saber qué balance haces desde estos

inicios pioneros cuando no había nada, hasta hoy ¿cómo ves tu la revista *Arenal*? ¿Cómo viste tú en ese momento la Asociación y su trayectoria?

R. P.: Yo creo que el balance es altamente positivo porque fuimos pioneras. Tengo un vago recuerdo de cuando veníamos a Barcelona. En un principio había como un conglomerado de posiciones distintas: las de algunos grupos de feministas, con las que nosotras no estábamos de acuerdo con varias de sus líneas. Aunque éramos feministas y en las ideas políticas podíamos coincidir, era en las formas de actuación en las que no estábamos de acuerdo, y por ello, perfilando nuestro grupo, nos fuimos concretando hacia lo que iba a ser AEIHM, lo fue realmente positivo. Pronto comenzamos a aparecer en el ámbito nacional y el hecho de que después haya habido asociaciones parecidas en distintas universidades dedicadas a la Historia de las mujeres, dio a nuestro grupo una proyección en España pionera y única. Tuvo también repercusión en otros lugares, como por ejemplo Argentina, en Latinoamérica en general, y considero que eso no es poco y que debemos destacar siempre este gran aporte nuestro.

M. N.: Yo recuerdo cuando a mi se me encargó fundar en España una Asociación de historia de las Mujeres relacionada con la Federación Internacional. En aquel momento no existía un núcleo identificable como historiadoras de las mujeres, casi no había historiadoras que investigaban sobre las mujeres. Tenía conocimiento sobre Reyna, Cándida, y algunas otras profesoras. Tuve que identificar a las historiadoras en ámbitos concretos, sin una dedicación específica a la historia de las mujeres para crear el núcleo inicial de la AEIHM. Éramos historiadoras pero no habíamos creado cohesión ni identidad como historiadoras de las mujeres. Mi impresión de entonces es esta voluntad que teníamos de crear una cohesión desde la pluralidad, desde la disciplina de la historia en ámbitos distintos, pero centrada en la historia de las mujeres. ¿Esto lo has visto así?

R. P.: Yo creo que sí. Creamos todo eso porque en realidad todas estábamos trabajando en otros temas, en temas de Historia social, económica, política...temas derivados de nuestras tesis, de nuestros intereses primeros y de nuestras ocupaciones académicas. No teníamos todavía una conciencia, aunque pronto la tuvimos, de lo que era especializarnos, aunque fuera parcialmente, en Historia de las mujeres.

C. M.: Es verdad que entonces no éramos muchas las historiadoras dedicadas de forma prioritaria a la Historia de las Mujeres, aunque sí había otras colegas que comenzaban a hacer incursiones en la misma. En ese sentido, después de los años que llevamos trabajando juntas, primero en la AEIHM



y después en la revista *Arenal*, tengo la sensación de que cuando pasen unos años se nos podrá ver como un colectivo que creó una cierta escuela dentro de la Historia y dentro de la propia Historia de las Mujeres, porque también en este ámbito existen otras escuelas.

¿Tú tienes la percepción de que después de estos años de experiencia como colectivo *Arenal* hemos creado líneas comunes de investigación que han creado un enfoque y una manera particular de hacer Historia de las mujeres?

R. P.: Lo creo absolutamente. Nosotras empezamos, sobre todo vosotras dos, recuerdo especialmente a Mary estudiando y transmitiendo la Teoría de la Historia de las mujeres. Empezamos a hablar de género

y a tener nociones del tema y a tratar de construir una teoría, a aceptar y discutir teorías que nos vinieron de las inglesas y las norteamericanas. A través de nuestras publicaciones fuimos trazando una línea teórica sobre la Historia de las mujeres que nos llevó a hacer teoría, a criticarla, a matizarla y a ir trazando un análisis teórico consistente. Esta es nuestra principal aportación. Que se continúa en *Arenal*. Nuestra revista ofreció un lugar para publicar investigaciones, que no sólo debían ser serias sino también estar estructuradas sobre bases teóricas consistentes, no ser simple relatos sobre mujeres de cualquier tipo y condición, individuales o en grupo. Yo he ido a coloquios en los que se contaban historias de algunas mujeres: reinas, nobles, incluso campesinas, pero sin un nivel de análisis sobre el género, sobre la teoría general que hemos ido perfilando. Sí, creo que marcamos una línea en nuestra revista y en nuestros coloquios, pero también pienso que, lamentablemente, muchos historiadores, atraídos por el éxito y la divulgación de la historia de las mujeres nos presentan y presentan aquí y allá, con creciente frecuencia artículos que son simples narraciones sobre mujeres sin la menor base teórica, lo que es lamentable.

C. M.: Marcamos una línea en la Historia de las mujeres y en la Historia en general. Si no hubiese sido por esa aportación colectiva nuestra –aunque también ha habido otras historiadoras que han contribuido a ello–, probablemente la Historia que se está haciendo ahora en España sería una Historia mucho más parcial, menos completa, menos Historia.

M. N.: Por ejemplo, en el caso tuyo, tu ámbito de la Historia es el medieval, ¿ves que ha habido mayor permeabilidad?

R. P.: Sí la ha habido, pero ha sido una permeabilidad difícil de conseguir, de ir incorporando. Fue especialmente difícil porque, como es sabido, para la larga Edad Media hubo pocos testimonios directos sobre las mujeres y sólo para la Baja Edad Media y en contadas ocasiones se puede contar con algunas noticias directas de ellas.

Pero hubo sin duda historiadoras importantes y consagradas que fueron inteligentes y captaron que en la Edad Media también había un campo específico de trabajo teórico y de investigación a desarrollar y así lo hicieron. En este sentido hay que destacar especialmente el tomo dedicado de la historia medieval de la *Historia de las mujeres en Occidente*, dirigido por Georges Duby y Michelle Perrot. En él aparecieron temas nuevos sobre las mujeres medievales que abrieron un amplio abanico para la reflexión y para la construcción de problemáticas similares en otros ámbitos europeos. Aunque la importancia de esta obra fue muy grande, no fue la única ni estuvo aislada, muy por el contrario, otras investigaciones serias y creativas aparecieron en los decenios de los ochenta y los noventa, muchas de ellas españolas, que enriquecieron el siempre difícil campo de la historia medieval.

M. N.: ¿Qué incidencia tenía la historia de las mujeres en Latino América?

R. P.: Quería ampliar nuestro panorama sobre la trascendencia que hemos tenido, en el ámbito de América Latina. Y en esto voy a pedir disculpas por referirme a mí. Lo hago así porque lo viví directamente y porque puse mucho esfuerzo, mucha convicción y mucho cariño al hacerlo. Así yo, desde España, primero en AEIHM y luego en *Arenal* conjuntamente, fui llevando a Argentina todo lo referente a la Historia de las mujeres. Llevé hasta los Estatutos que nos habíamos dado, relaté todo lo que habíamos hecho, y fundamentalmente nuestras reflexiones teóricas. El resultado de esta labor, que llevó varios años, fue la creación de asociaciones y distintos centros de estudio de Historia de las mujeres, primero en Universidades pequeñas,

periféricas pero importantes en el panorama intelectual argentino, en seguida en las grandes Universidades.

La Universidad de Luján fue la primera, una universidad a 70 kilómetros de Buenos Aires que estaba remontando luego de haber sido una de las más castigadas por la represión militar.

Una de las primeras cosas que aparecen luego de esa represión, entre otras muy creativas, fueron las asociaciones de Historia de las Mujeres, en los años 1985 y siguientes. Así surgieron en las universidades de Luján, Santa Rosa y Comahue, tres pequeñas universidades en las que no se investigaba sobre Historia Medieval como hacía yo, sino Historia argentina, Historia de América, pero hubo eco en época propicia y así surgió la Historia de las mujeres. Esas tres universidades un poco más tarde comenzaron a publicar una revista, *La Aljaba*, la revista primera que se lee en toda Argentina. Entre tanto se formalizaron asociaciones de historia de las mujeres en las Universidades de Rosario, de Buenos Aires y otras más pequeñas en el norte argentino. Durante quince años fui en agosto a Argentina a trabajar, en conferencias, seminarios y congresos sobre nuestros temas de las mujeres.

La experiencia que yo puedo aportar de haber transportado a otro país lo que nosotras habíamos trabajado ha sido realmente fructífera. Teníamos que recoger lo que sembramos en otros lados. Nuestro trabajo se extendió por España pero también por Latinoamérica y no sé si por algún lugar más.

C. M.: ¿Qué tipo de mujeres son las que investigan en Historia de las mujeres en Argentina? ¿Tú las conocías de tu etapa anterior o son historiadoras jóvenes que en esta última fase se incorporan a la Universidad?

R. P.: Las primeras, las que toman el timón, fueron mis ex alumnas, las de antes del exilio, pero después, y aunque ellas continúan en la tarea, se fueron incorporando investigadoras jóvenes. Algunas se equivocaban al principio, traían historias muy locales sin apoyo teórico, pero en general eso se fue depurando. Son ahora jóvenes y muy activas. En Latinoamérica la política es muy importante y generalmente varias actúan en política, también son docentes universitarias o hacen tesis en Historia de las mujeres, pero afirmaré que todas están politizadas.

M. N.: Volviendo a tu propia historia en Argentina, ¿cuál fue tu recorrido?

R. P.: Yo vengo de una Argentina muy conflictiva, como ha sido siempre la Historia de Argentina, la de los países coloniales es siempre conflictiva. Mi época universitaria es la época de Perón, la Universidad entonces estaba

muy decaída, era muy fascista y vacía de contenido. Cuando estaba terminando la carrera pensé en hacer algo, en especializarme y reflexionar. Mi mejor profesor, porque en aquella época no había buenos profesores, había sido Claudio Sánchez Albornoz. Él daba seminarios para graduados, empecé a acudir a esos seminarios en los que, además de sus temas específicos, enseñaba sobre el rigor del historiador, sobre qué representaba el oficio de historiador, la lectura de documentos, y otros aspectos muy importantes del oficio. Sánchez Albornoz era profesor exiliado de la República española en la Universidad de Buenos Aires. Esto era lo deslumbrante para mí y para otros en nuestro Don Claudio. Años después, cuando yo había alcanzado madurez como historiadora y cuando mi ideología se había desarrollado plenamente, descarté y discutí sus teorías pero le quedé siempre muy agradecida por esas enseñanzas del oficio de historiador.

Desde mi graduación quise hacer Historia argentina, lógicamente, pero los profesores que había tenido rechazaban mis propuestas de temas de tesis porque no querían que se tocaran determinados temas, como por ejemplo uno que yo proponía que se refería a problemas de la frontera Argentina con los indios. Según ellos, en aquellos primeros años cincuenta, las mujeres sólo podíamos hacer temas sobre misiones diplomáticas. Mi otra gran afición era, y siguió siendo siempre, la Antropología, de la cual no había carrera sino asignaturas sueltas. Fui al Museo Arqueológico a exponer mis deseos científicos al director y me contestó que de ninguna manera una mujer iba a participar en una misión antropológica ni arqueológica, sino que estaría clasificando cacharros en el fondo del Museo.

Mi dedicación a la historia medieval de España surgió por lo tanto, más por las exclusiones que me fueron imponiendo los profesores fascistas, por los temas que me interesaban y por el hecho de ser mujer. Estas situaciones despertaron en mí, más que otras por ese entonces, una fuerte concienciación.

Pero la Universidad y la tesis no lo eran todo, fuera de ella se daban cursos en instituciones privadas dictados por intelectuales desplazados por el poder político. Pude escuchar entonces a José Luís Romero y se me abrió el mundo de las ideas porque descubrí la Historia social. Desde entonces empecé a leer Historia Social. También hice otras incursiones en otros campos científicos, como fue, por ejemplo, seguir cursos de psicoanálisis. Se me abrió todo un campo de reflexión. Nos reunimos con un filósofo, conocido desde hace años por sus libros, y formamos un grupo de trabajo de filósofos e historiadores para leer y comentar, bajo su dirección, a Marx a fondo. Estos fueron los principios de mi estudio de la Historia Social bajo la teoría marxista, de la que he sido adepta hasta que en España he investigado corrientes nuevas, sin abandonar nunca la primera base de mi pensamiento.

Después vino la caída de Perón en el 55 y comienza un periodo democrático hasta el 66. Fue la explosión de toda esa intelectualidad oculta. En la Universidad democrática se crearon nuevas carreras: Sociología, Antropología, Psicología, etc. y se estudiaron y divulgaron las teorías que estaban que estaban en boga en Europa y en EEUU. Se creó por entonces, en la Facultad de Buenos Aires, el Centro de Estudios de Historia Social que dirigió José Luís Romero, del que fui yo gran colaboradora y trabajadora entusiasta durante nueve años. En ese Centro impartíamos varios cursos de Historia Social pero también incorporamos la nueva historia económica, sobre todo la que se hacía en Francia, y también, y con gran sentido crítico, la historia cuantitativa norteamericana. Incorporamos todos esos aspectos teóricos y metodológicos.

Pero en la investigación seguía trabajando, con nuevas metodologías, sobre la Historia Medieval de España y fui escribiendo trabajos de investigación desde el año 63 y los fui publicando en la revista que creó Sánchez Albornoz, *Cuadernos de Historia de España*, en la que llegué a colaborar con un trabajo largo (a veces sólo personal otras del grupo de la que fui directora) una vez al año.

Trabajé por entonces, como digo, con un grupo de investigación que fui formando entre las facultades de Rosario y de Buenos Aires. Lo formábamos sobre la base de una convivencia, forma que llaman los psicólogos grupos operativos. En este tipo de trabajo seguí siempre y lo renové cuando se dio la ocasión de hacerlo aquí en España, cuando pude tener cerca de mí a un pequeño grupo de investigadores a partir de mi ingreso al Consejo Superior de Investigaciones en el Centro de Estudios históricos, en 1987. Prueba de ello es que los tres libros que publicamos en el Consejo fueron hechos todos por cuatro personas, nunca me consideré otra cosa que directora de grupo al mismo tiempo que investigadora que ponía en discusión todos los temas que interesaban para el trabajo en común.

La mayor parte de mi grupo argentino eran mujeres y la gran aportación del grupo fue la idea de que el conocimiento se construye entre todos. Las personas que estuvieron en ellos hicieron sus carreras, no todos se dedicaron luego a la Historia de España Medieval pero si aportaron mucho y aprendieron mucho también.

Volviendo a la historia argentina me resulta doloroso recordar que en 1966 casi todo lo conseguido en el decenio anterior se vino abajo, a causa del nuevo golpe militar que encabezó Onganía y que terminó con la democracia. La policía apaleó a profesores y estudiantes. Entonces se alzó un movimiento por el que todo el mundo progresista dimitió dejando sus lugares de trabajo. De allí los primeros exilios. Se cerró el Centro de Estudios de Historia Social y nos quedamos sin trabajo. Yo personalmente trabajé luego en una escuela secundaria durante cuatro años. Desde el 66

hasta el golpe de Estado del 76, la sensación permanente que todos teníamos era la de inestabilidad. Lo político estuvo siempre fuertemente presente en la historia que yo viví. En el 71 pudimos regresar a la Universidad, pero en el 74 empezaron a desaparecer gentes, muchos aparecían muertos y en el 75 se clausuran las Universidades.

M, N.: ¿Tú tuviste militancia política?

R. P.: Sí, yo milité en el grupo Socialista en la Universidad. Era un Socialismo agresivo, militante diferente de lo que estaba pasando en Latinoamérica. Pero se fue dividiendo en sectores hasta que al final ya no sabía quién era una ni que pasaba con su grupo.

M. N.: ¿Qué tipo de militancia hacías?

R. P.: Yo tenía un grupo de trabajo socialista en la Universidad. Según los problemas que iban surgiendo nosotros hacíamos planteamientos y tomábamos decisiones. La Reforma Universitaria enunciada en Argentina en 1918 llegó finalmente a aplicarse en 1956 y por eso teníamos amplia participación en los gobiernos tripartitas de las Facultades y de la Universidad, allí actuábamos en la política científica. Fui la primera Secretaria General de la Facultad de Filosofía durante los años 68 al 70, con su consiguiente trabajo de gestión. En el año 70 decidí dejar la secretaría, tenía, por razones de tiempo, que elegir entre la docencia y la gestión. Nadie apostó a mi favor por cómo yo iba a hacer en esa gestión, porque fui la primera mujer Secretaria de Facultad en la Universidad. En la Universidad tras el Decano venía la figura del Secretario. Salí airosa.

En el 75 se clausuran las universidades y nos encontramos amenazados de muerte, los estudiantes desaparecían. Con el golpe de Estado del 76 recibí amenazas de muerte telefónicas y tuve tres opciones: México, Francia y España. Decidí venir a España porque estudiaba Historia de España, porque ya había venido varias veces a investigar, y conocía a varios colegas, porque tenía dos libros publicados en Barcelona y, sobre todo, porque Franco había muerto a fines del 75.

Aquí empecé como encargada de grupo en Económicas, en la Cátedra de Gonzalo Anes, en la época de expansión de la Facultad de Económicas, en la Complutense. La primera mujer que entró allí fui yo.

C. M.: ¿Qué te dejaste en Argentina que te hubiera gustado traerte a España? ¿Qué echabas de menos de Argentina?.

R. P.: El clima intelectual, encontraba pocas personas que conocieran lo inglés, lo francés, lo italiano, estaban muy cerrados.

C. M.: Pero es que el acceso a ese conocimiento era muy difícil en aquellos momentos. En esa época el ansia por conocer nuevas teorías, por formarnos en otras corrientes históricas era muy grande entre los jóvenes universitarios. Cualquier libro que supusiese una apertura, otras ideas distintas a las tradicionales, se adquiría y se trabajaba con entusiasmo. Los jóvenes de entonces teníamos un gran interés por esas tendencias que para nosotros eran nuevas, pero las posibilidades de acceso a ellas durante el franquismo y aún en los primeros momentos de la transición política no eran muchas.

R. P.: Mi libro *Del Islam al Cristianismo*, publicado en Península en 1975, tuvo mucha aceptación aquí, la primera edición se agotó pronto. Era una visión distinta, con un bagaje metodológico y teórico influenciado por los análisis franceses pero muy pensado por mí, lleno de reflexiones personales y, por supuesto, de conocimientos sobre el tema de la frontera.

M. N.: En aquel momento tus libros eran un referente por ese bagaje metodológico-conceptual aunque en aquella época no se estudiase Historia Medieval. En aquel momento había necesidad de Historia Social. El departamento de Historia Medieval de la Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense no te abrió las puertas ¿por qué?

R. P.: Porque estaba tomado por la derecha. Las editoriales sí me abrieron las puertas, pero como no se podía convalidar las tesis, comencé una nueva investigación que fue mi tesis española y que culminó en el libro, publicado por Siglo XXI de España: *Resistencias y Luchas Campesinas...*

M. N.: ¿Crees que esto nace de la rigidez de las estructuras universitarias o por el hecho de ser mujer?

R. P.: Yo fui la primera mujer en la Cátedra de Historia Económica y quise hacer algunas cosas progresistas y no lo conseguí. Por eso en las reuniones de la Historia de las mujeres reencontré algo parecido a lo que yo había tenido y participación y aceptación para hacerlo.

C. M.: Los que vivíamos en España buscamos fuera de las aulas otras teorías, como la marxista, y otros análisis históricos venidos desde Universidades europeas. Algunos profesores jóvenes comenzaron a incorporar estas nuevas teorías y se fue generando otro ambiente entre los profesores

más jóvenes y los estudiantes. En este sentido la llegada de gente como vosotras con otro bagaje intelectual es muy importante. Representáis en los primeros momentos de la transición, un aire fresco en enfoques metodológicos y teóricos de los que, como decía antes, los más jóvenes estábamos ávidos. Creo, Reyna, que debes estar contenta por haber podido traer toda tu experiencia, tu conocimiento y tu manera de trabajar. También fue una suerte para nosotras y nosotros pues tuvimos otros referentes intelectuales, ahora mucho más cercanos.

M. N.: Reyna y yo somos personas que hemos venido de fuera. Mirando atrás, creo que por el hecho de ser extranjera, yo no estaba tan sujeta a las normas académicas o no era tan consciente de ellas. En el año 1970 recuerdo cómo un catedrático me dijo que debía hacer mi tesis sobre un acontecimiento social de 1835 y yo le contesté con toda tranquilidad que ¡ni hablar!, que quería hacerla sobre una organización de mujeres anarquistas de la guerra civil, algo atrevido e inaudito en aquel momento. Además en 1973 le propuse hacer una asignatura de historia sobre las mujeres y empecé mi docencia entonces en esta materia. La reflexión que me he hecho es que posiblemente al venir de fuera no hacía tanto caso de las convenciones académicas, también traía cierto bagaje e inquietudes y me lanzaba sin hacer demasiado caso de la jerarquía académica. También es cierto que era una activista en el movimiento feminista. Frente a esta experiencia mía, ¿cómo te sitúas, Reyna?

C. M.: Me vais a permitir que haga otra reflexión, por lo bonita que es la experiencia que vivimos entonces cada una de nosotras y que ahora comentamos. Parece que las transiciones se hacen como consecuencia de una acción política dirigida, cuestión a la que no voy a quitar valor, pero apenas se indaga y se valora la importancia que tiene el mestizaje intelectual que en ese momento se está fraguando gracias a aportaciones de gente como vosotras. Se produce una mixtura de orientaciones teóricas que contribuyen a hacer una transición mucho más real, que provoca cambios en las concepciones ideológicas, en las teorías, etc. Y eso contribuye de verdad a cambiar un país como el nuestro tan necesitado de elevar su nivel cultural.

M. N.: Estábamos convencidas de nuestra capacidad de transformar las cosas, teníamos una gran vitalidad e ilusión para transmitir conocimientos y cambiar la historia.

R. P.: Estuve muy contenta y admirada por la transición que hubo en los estudiantes y docentes y ayudantes y de esa hambre de captación de cono-

cimiento que desde los comienzos de la transición se fue extendiendo. Me di cuenta cómo se podían hacer cosas realmente en España. Había mucha gente activa, inteligente para captar todo lo que llegaba como nuevo para aprender y discutir.

C. M.: Reyna hacía antes un comentario que me pareció muy interesante, y que ahora quiero retomar. Decías que cuando llegaste a España te encontraste con un nivel intelectual general bastante más bajo que el que dejaste en la Argentina y que tu contacto con la Historia de las mujeres supuso recuperar mucho de lo que dejaste allá. ¿Te reencuentras en la Historia de las mujeres con tu etapa anterior de Argentina?

R. P.: Para mí fue una alegría, como le decía a mi hija, fue estar entre amigas, creando, discutiendo, haciendo cosas nuevas y útiles para el gran colectivo de las mujeres, eran hechos nuevos que yo había perdido y que recuperé en Barcelona y en Granada.

M. N.: ¿Es cierto que, como historiadoras, tanto a nivel de nuestro trabajo de gestión como de trabajo intelectual, tenemos otra manera de hacer las cosas?

R. P.: Otra manera de estar en grupo y eso es muy importante.

M. N.: ¿La mezcla, el mestizaje que tú decías de formas de actuar como mujeres hace que todo esto funcione?

C. M.: Creo que nuestra fuerza ha estado también en trabajar en equipo, equipos donde se intercambian ideas y se construye conocimiento. Pero todavía hay cierta resistencia a este modo de trabajar. Reyna, ¿has pensado en volver a Argentina?

R. P.: Lo he pensado en la etapa de la nueva implantación de la democracia en Argentina, en 1983 o 1984. Me ofrecieron ser decana en una facultad de Buenos Aires, recuperar mis cátedras, pero decidimos, junto con mis hijos ya mayorcitos, quedarnos en España. Mis hijos se habían españolizado, creado lazos de afecto y de trabajo, y yo me sentía cómoda y tranquila.

M. N.: ¿Tú ves, después de tantos años, que la cultura argentina se ha cambiado por la cultura española?

R. P.: Sí.

M. N.: Esto ¿cómo influye en tu vida, en tus identidades?

R. P.: Bueno, yo sigo siendo de izquierdas, muy interesada en la Política, pero me he adaptado, creo que bastante, a las formas de proceder del mundo cultural y científico español. Los grupos de lucha por la recuperación democrática argentina, en los que tuve parte activa en los primeros años de la emigración a España, dejaron lógicamente de existir con los años luego del fin de la dictadura militar, y, aunque muchos de nosotros seguimos en contacto y somos amigos, sólo de cuando en cuando nos vemos con motivo de asuntos políticos y sobre todo de derechos humanos. Nuestro grupo de Historia de las Mujeres me dio la ocasión de participar en una nueva militancia, de hacer cosas de interés social científico e ideológico, de acercarme a todas vosotras, de compartir militancia, trabajo y amistad. Me brindasteis la posibilidad de reencontrarme con formas de relación humana y científica que se corresponden con algo que es muy profundo y auténtico en mi persona. No podía pedir nada mejor, por eso estoy y estado siempre infinitamente agradecida.

